

PEPE TORIBIO

Al comentar en el fascículo XIV una serie de noticias retrospectivas publicadas por él en EL DESPERTAR y acusarle recibo de la colección del periódico que quiso entregarme, dije que cuando el hombre se desprende de los tesoros de su alma es porque hay en él una zozobra misteriosa, ignorada pero efectiva, que le lleva a buscar amparo, como el avecilla lo busca para depositar el huevo que, incubado, debe continuarla.

Los dos gozábamos de idéntica salud y hablamos varias veces después, hasta unos días antes de morir, sin que se aludiera para nada a mi fatal augurio.

Inesperadamente me llegó la noticia de su gravedad y las circunstancias se entrelazaron de forma que no pudiéramos vernos.

Pero nos seguiremos relacionando. Esto no pasa de ser la mención simple de un episodio sensible. En general cuando el hombre muere ya ha cumplido su misión y queda lo realizado por él para seguir dialogando con lo que los supervivientes puedan llevar a cabo, formando el acervo común que es, en fin de cuentas, lo que en esta obra se intenta conocer: el alcazareño, su vida y su tierra. Y en este sentido habrá mucho que decir del amigo desaparecido, como símbolo de nuestro carácter, de conocimiento necesario para su valoración.

Se resiste a mi propósito y sobre todo a mi sentimiento, hacer un responso de esquela mortuoria y echarle tierra al muerto con su corona de flores artificiales. Eso ya lo harán Engalgaliebres y Román. Yo no puedo considerar muerto a Toribio, como no considero muerto a Emilio Paniagua, a Estrella, a D. Magdaleno y a tantos paisanos en los que veo la encarnación de nuestra raza y cuyos alientos percibo de continuo en nuestro vivir. Ni a él le agradaría que como a muerto lo olvidara, porque si me trajo los periódicos no fue para guardarlos y que se pudrieran aquí, sino para que los removiera ahuyentando las polillas y hablara de ellos y de él. Y yo acataré su inconfesada pero manifiesta voluntad, que es lo que en realidad hay que respetar de los muertos, su voluntad última.

Nos lo seguiremos encontrando a cada paso, porque sus actos brotarán de la misma raíz de este trabajo inmarchitable y surgirán frescos, jugosos, con vivacidad pulsátil y no lo podremos olvidar igual que en vida, que cuando parecía mas quieto o silencioso escribía desde La Coruña, desde Cádiz o desde Barcelona, en una de esas huidas íntimas que fueron sosiego de su espíritu y estímulo de su imaginación en los años últimos. Seguiremos hablándole con la cordialidad y la franqueza de siempre. Seguiremos contando con él como era su gusto y dedicándole el pensamiento vivo que necesita y apetecería para mediar en las cosas de Alcázar, que fue su derivación predilecta, preocupación muchas veces y alivio y consuelo siempre.